

La mujer que amaba
a las abejas



J. L. Martín Nogales

La mujer que amaba
a las abejas



menos**cuarto**

© J. L. Martín Nogales
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2023

ISBN: 978-84-19964-04-5
Dep. Legal: P-219/2023

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: © Roxana Zerni / unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain — Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En vuestro recuerdo, Luis y Feli.

Para Virgilio y Arantza.

Todos tenemos un enigma
y como es lógico ignoramos
cuál es su clave.

MARIO BENEDETTI, *Despistes y franquezas*

La niñez no es un paso en el camino, sino todo
el camino.

HENRY ROTH, *Redención*

No man is an island,
entire of itself;
every man is a piece of the continent,
a part of the main.

[Nadie es una isla
formada por él solo;
cada hombre es una pieza del continente,
una parte del todo.]

JOHN DONNE, *Meditations*

PRIMERA PARTE

La guerra de las abejas

2 de agosto de 1939

QUEMABA EL AIRE, pero un hombre desafiaba el calor, en pleno mediodía del mes de agosto, corriendo por el camino que bajaba del pueblo hacia el llano. A esas horas los perros permanecían tumbados a la sombra, con la boca abierta, y los pájaros no se atrevían a salir del cobijo de las hojas en las ramas de los árboles; pero el hombre, sudoroso, cruzó las calles desiertas, llegó hasta la última casa y enfiló el camino de las huertas. Sentía el aire tórrido en la cara, pero seguía corriendo. Levantaba una nube de polvo a su paso y rompía los matojos secos al pisarlos, pero no se detuvo hasta dejar atrás las últimas casas del pueblo.

Giró la curva del paredón del corral en el que dormían las ovejas amodorradas por el calor. Y fue entonces cuando lo vio, al final del camino, sentado en el suelo, recostado en uno de los álamos que crecían a la orilla del regato. Corrió más deprisa, sin preocuparse ni por el bochorno del mediodía ni por las aristas de las piedras del camino que se le clavaban en las suelas de las alpargatas. Llegó junto a él sofocado, se inclinó, le agarró la cara con las dos manos y le gritó con vehemencia:

—¡Moreno, ¿qué te pasa?!

Y vio sus ojos negros como los tizones del hogar en la chimenea. Estaban quietos, pasmados, sin mirar a ningún sitio.

—¡Moreno, ¿qué ha pasado?! —volvió a preguntar nervioso.

Y al soltarle la cabeza, se le dobló descoyuntada sobre el pecho. Fue entonces cuando descubrió la sangre que le enredaba el pelo. Tenía una herida en el cráneo, de la que brotaba un hilo rojo que bajaba por el cuello, le manchaba la camisa en la espalda, resbalaba por la corteza del árbol y empapaba las hierbas secas del suelo.

Le dejó recostado sobre el tronco, se incorporó y miró con pavor hacia el final del camino. Unos pasos más allá el polvo del sendero estaba teñido de rojo. Donde antes hubo un pequeño charco, los terrones resecos habían absorbido la sangre derramada hacía poco tiempo. Alrededor aún se veían algunas gotas coaguladas. Brillaban como si fueran pequeños rubíes perdidos en una pelea, que se habían quedado esparcidos por el suelo, abandonados en la huida. La maleza del borde del sendero estaba aplastada por el cuerpo que había sido arrastrado hasta allí y colocado junto al tronco del árbol. El polvo mostraba un reguero de tierra aplanada, removida por el peso de ese hombre que había sido llevado como un fardo, para dejarlo allí sentado sobre la hierba seca.

Se apartó un poco del cuerpo y estiró el cuello para otear a lo lejos. Giró nervioso la cabeza a uno y otro lado, temiendo encontrar el rostro al acecho de alguna persona escondida tras los arbustos. Volvió al sendero y miró con ansiedad hasta donde se perdían sus lindes entre la vegetación. No había nadie en aquel paraje solitario. Retrocedió buscando algo: un arma, una prueba, un indicio que dela-

tara la causa del incidente. Separado unos pasos del cuerpo inerte, miró confuso alrededor. ¿Qué buscaba con el pavor reflejado en sus ojos? ¿Qué esperaba encontrar en ese camino aislado, en el que solo había polvo, un sol abrasador y un hombre muerto?

El médico se encargó de comunicar el suceso al juez y este avisó al puesto de la Guardia Civil más cercano. Una pareja de guardias se desplazó hasta el pueblo. Se plantaron a la puerta de la casa de Antonio, con los dos mosquetones en posición de alerta. Golpearon la aldaba y esperaron. Antonio salió a abrir y los miró con actitud desafiante.

—¿Antonio Nogales? —preguntó uno de ellos, llevándose la mano a la frente con un gesto de saludo militar.

Antonio asintió con una inclinación de la cabeza. Era un hombre delgado, de cara estrecha, mentón afilado y mirada honda. Vestía pantalones de pana del color del barro y una camisa a cuadros rojos como las tejas, que estaba ya descolorida por el sol. Se quedó quieto junto a la puerta, cerrando el paso a los guardias. Estos pudieron ver desde allí el cuerpo del Moreno que reposaba encima de la cama, en una pequeña alcoba de la planta baja.

—¿Ha sido usted quien ha descubierto al finado?

Antonio volvió a asentir con un golpe de cabeza. Junto a la cama, había dos mujeres, sentadas en sillas de madera, que permanecían ensimismadas, sin prestar atención a las personas que estaban en la puerta.

—¿Y ellas? —se interesó el guardia civil.

—Son mi mujer y mi hija —respondió sin volverse, manteniendo la cabeza erguida, mientras seguía mirando fijamente a la pareja de guardias.

—¿Sus nombres? —le reclamó en un tono seco.

—Amparo y Delia.

La mujer mayor llevaba un vestido negro hasta los tobillos. Tenía la cabeza inclinada hacia el suelo y no se movió al oír su nombre. Delia, la más joven, levantó la cara y miró hacia el portal. En la penumbra contempló las sombras de los tres hombres enmarcadas entre las jambas de la puerta. Uno de los guardias se volvió levemente hacia ella y sus miradas se cruzaron durante un instante. Tenía los ojos llorosos, pero su mirada era firme.

Antonio se mantuvo quieto bajo el dintel de la puerta, cerrando el paso a los recién llegados, manifestando así que su presencia no era bien recibida.

—¿Qué relación tiene el finado con usted?

—Era para mí como un hijo.

—¿Ha sido el único que lo ha visto esta mañana...? —el guardia dudó durante unos instantes antes de añadir—: El único que lo ha visto en ese estado...

—Sí.

—¿Había fallecido ya cuando lo encontró?

—No lo sé. Solo me preocupé por socorrerlo. Fue al dejarlo sobre la cama cuando me di cuenta de que ya no era posible hacer nada.

—¿Y por qué lo trajo aquí?

—Porque esta es su casa. Él vive con nosotros —dijo, como si aún no tuviera asumido que estaba muerto.

—Tenía que haber dado parte primero al médico —le recriminó el guardia—. Debía haber dejado que inspeccionáramos el lugar del crimen sin alterarlo.

Antonio no respondió. No pronunció ninguna excusa. Se mantuvo mirándolo fijamente, hasta que el guardia se sintió incómodo y volvió a preguntarle.

—¿Y cómo lo ha traído? ¿Usted solo?

—Sí. A la espalda.

Ni él mismo podía explicar entonces de dónde había sacado fuerzas cuando se puso en cuclillas, de espaldas a ese cuerpo abandonado, agarró los brazos por encima de sus hombros, se levantó con él y corrió cuesta arriba por el camino, hasta la casa, bajo un sol de fuego, llevándolo como un fardo sobre las costillas.

—Debe mostrarnos el lugar donde lo ha encontrado.

—¿Ahora? —se resistió Antonio, molesto.

—Sí, ahora. Tiene que acompañarnos hasta el lugar donde lo vio.

Antonio hizo el gesto de salir de la casa y los guardias se retiraron para que pasara. Cruzó delante de ellos con resignación, como si fuera a ser custodiado hasta el calabozo, cerró la puerta tras de sí y comenzó a andar.

—Tiene que seguir exactamente el mismo recorrido que ha hecho esta mañana —le advirtieron.

Antonio iba delante y ellos un paso detrás de él, con los mosquetones en las manos, como si fueran vigilando a un detenido.

Llegaron hasta la última casa del pueblo, en donde vivía don Rafael, en una hacienda espaciosa, que estaba for-

mada por la vivienda, un patio amplio y corralizas. Desde la casa de Antonio hasta allí no había más de doscientos metros en línea recta. Ese era el camino que había seguido cuando encontró el cuerpo muerto recostado en uno de los álamos del sendero. Pero esta vez, acompañado por la pareja de la Guardia Civil, no fue directamente, sino dando un rodeo entre las calles estrechas, para sugerir que lo había estado buscando en los alrededores.

—¿Vio algo desde su casa que le hiciera sospechar?

—No, no vi nada.

Las calles del pueblo estaban trazadas de forma irregular, por lo que era difícil ver desde ninguna de ellas algo que ocurriera en el camino que conducía a los huertos. Y eso lo sabían los guardias. Las paredes de las casas y los muros de los corrales tapaban el camino. Y en los ribazos había arbustos, matorrales y árboles cuyas ramas frondosas no dejaban ver lo que sucediese más allá.

—Si no vio nada sospechoso, ¿entonces por qué salió de su casa?

—Porque era la hora de comer y él no había llegado aún. Eso me alertó.

—¿Y por qué se dirigió a este lugar y no a otro?

—No lo sé. —Se encogió de hombros Antonio.

—¿Por qué salió corriendo desde su casa hasta aquí?
—insistió el guardia.

Antonio no le contestó inmediatamente. Solo al cabo de un instante dijo:

—Pensé que podía haber ido al huerto a buscar algo para la comida...